

21. EDIFICAR EN ARENA O EN ROCA

Introducción. La mayoría de las parábolas de Jesús están inspiradas en el mundo rural agrícola y ganadero, propio de las actividades de sus paisanos en su pueblo al aire libre. La condición de “artesano” de José, el padre de Jesús, nos acerca a la posibilidad de que Jesús desde pequeño hubiera vivido de cerca el proceso de construcción de las casas. La parábola que vamos a escuchar es del mundo de la construcción, de los cimientos en los que se apoya todo el peso de una casa. Jesús también llamó roca a Pedro, la piedra sobre la que edificar su Iglesia. San Pablo habla de que el que hace crecer el edificio es Cristo, todos nosotros somos colaboradores. *«Que Cristo habite por la fe en vuestros corazones; que el amor sea vuestra raíz y vuestro cimiento» (Ef 3,17)*. Edificar sobre roca o sobre arena es una parábola que contrasta dos formas de vivir: construir la vida sobre la práctica de las enseñanzas de Jesús (roca) o sobre fundamentos superficiales (arena). *«Nosotros somos colaboradores de Dios y vosotros, campo de Dios, edificio de Dios. Conforme a la gracia que Dios me ha dado, yo, como hábil arquitecto, puse el cimiento, mientras que otro levanta el edificio. Mire cada cual cómo construye. Pues nadie puede poner otro cimiento fuera del ya puesto, que es Jesucristo. Y si uno construye sobre el cimiento con oro, plata, piedras preciosas, madera, hierba, paja, la obra de cada cual quedará patente, la mostrará el día, porque se revelará con fuego. Y el fuego comprobará la calidad de la obra de cada cual» (1Cor 3,9-13)*. La roca firme del amor de Dios que es lo único que no pasará nunca. *«El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán» (Mt 24,35)*. O la arena de las valoraciones humanas, o de la confianza en nosotros mismos, que muchas veces por orgullo y soberbia nos confunden y arruinan. La casa sobre roca es la experiencia autobiográfica de Jesús, que envuelto en dificultades y abierta oposición de parte de los fariseos se mantuvo firme ante las adversidades. Mientras que nosotros nos asemejamos a la casa sobre arena que se derrumba, ilustrando que la práctica de la Palabra de Dios proporciona una vida estable y duradera.

Lo que Dios nos dice. *«El que escucha estas palabras mías y las pone en práctica se parece a aquel hombre prudente que edificó su casa sobre roca. Cayó la lluvia, se desbordaron los ríos, soplaron los vientos y descargaron contra la casa; pero no se hundió, porque estaba cimentada sobre roca. El que escucha estas palabras mías y no las pone en práctica se parece a aquel hombre necio que edificó su casa sobre arena. Cayó la lluvia, se desbordaron los ríos, soplaron los vientos y rompieron contra la casa, y se derrumbó. Y su ruina fue grande». Al terminar Jesús este discurso, la gente estaba admirada de su enseñanza, porque les enseñaba con autoridad y no como sus escribas» (Mt 7,24-29)*.

Los cimientos son una parte esencial de cualquier edificio, pero son invisibles. Solo se aprecia en el inicio del proceso de construcción. Rápidamente se verá cubierto por los ladrillos, pilares y demás elementos arquitectónicos. En nuestras vidas hay también cimientos invisibles, estructuras internas que nos hacen reaccionar ante los imprevistos y las circunstancias que nos sobrevienen y nos superan. Por eso Jesús nos invita a mirar nuestro interior y ver en quien depositamos nuestra confianza. El cimiento es lo que sostiene todo el peso de la construcción. ¿Quién carga todo el peso de nuestra vida? ¿A quien acudo cuando siento tambalearse todo mi proyecto vital? No son preguntas acusatorias. Son una invitación a que la vida se convierta en un yugo suave y una carga ligera. Normalizamos hablar de nuestro cansancio crónico, de nuestro estrés, de vivir al límite, de no poder más. Y sólo cuando una enfermedad nos frena el frenético ritmo nos preguntamos por nuestra forma de vivir. La parábola de Jesús es una oportunidad que nos brinda para que descubramos las decisiones diarias que tomamos y que construyen nuestros cimientos. Porque tormentas siempre vienen. Seamos o no creyentes los fuertes vientos nos golpean. A veces son tormentas internas que nos sumergen en la inseguridad y el desconcierto. Fracasos, conflictos, incomprensiones, pérdidas. Otras veces las tormentas y los nubarrones llegan de fuera. Noticias de enfermedades, de tensiones políticas, económicas, previsiones de futuro que acaban en decepción. Convirtamos las crisis que vivimos en oportunidades de reafirmar nuestra confianza en el Señor.

Cómo podemos vivirlo. Nadie puede buscar la seguridad total, la ausencia de dificultades y sufrimientos. Nuestra alegría es siempre una alegría amenazada por la vulnerabilidad. Pero contar con la presencia y la cercanía de Jesús es fuente de una paz y una calma que nace de una confianza elegida y responsable. No es evadirnos de la dificultad, sino activar la esperanza de que todo lo que nos ocurre tiene un sentido. Puede que lo entendamos, o que lo entenderemos más tarde. Pero todas las tormentas nos fortalecen los vínculos con Jesús y su abrazo es más fuerte y lo experimentamos con más claridad.